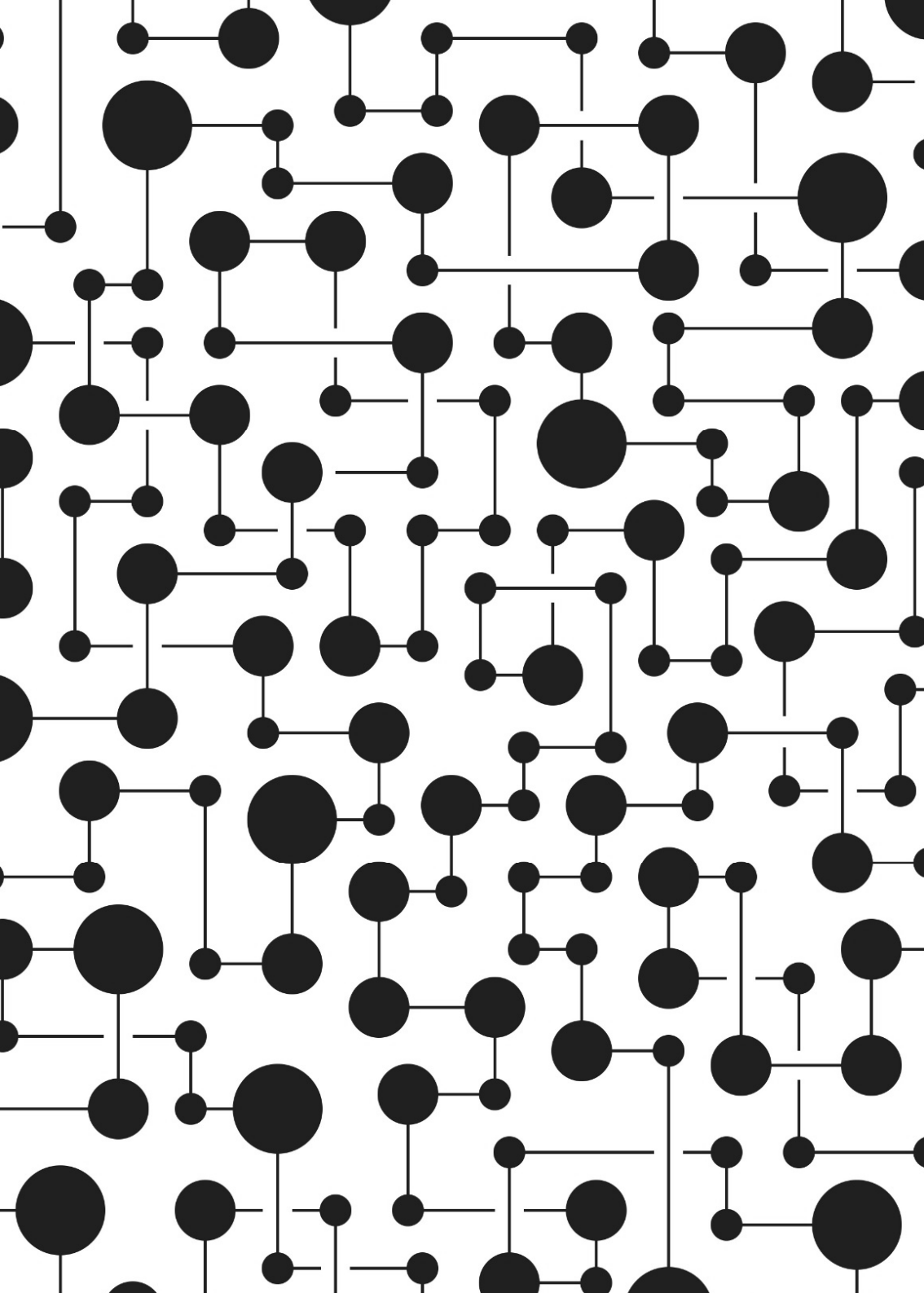
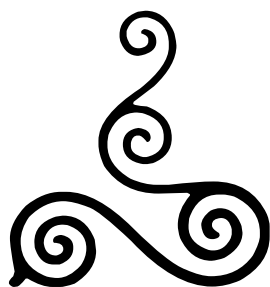




EL RECUERDO



PUNTOROJO
libros

Primera Edición: mayo 2016

EL RECUERDO

Editado y producido por:



Punto Rojo Libros, S.L.
info@puntorojolibros.com

Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España

Derechos reservados © 2016, respecto a la primera edición en español, por:

© Paco Cuesta Martínez

© Punto Rojo Libros, S.L.

Impreso en España Unión Europea

ISBN: 9788416722761

ISBN eBook: 9781635035803

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

PACO CUESTA MARTINEZ

EL RECUERDO

Para Ella.

*This may sound like a prayer but it's not
This is a written sentence from a man that doesn't know much but he cares
These lines are taken from a book, from an unwritten one
Can you follow your own shadow?*

*Ghost Brigade —My Heart Is A Tomb
(Isolation Songs, 2009)*

PROLOGO

Resulta curioso cómo, al mirar hacia el pasado, todo parece difuminarse dentro de una maraña en la cual los recuerdos solo pueden verse distorsionados, cada vez más deformes en función de la distancia, del tiempo. Y resulta una paradoja comprobar que nunca percibimos las cosas como realmente son. Mientras vives el presente, las sensaciones y las emociones flotan como entre la bruma, trastocando la realidad y amoldándola a lo que tú quieres ver. Si lo que haces es retroceder hacia atrás, comprobarás que nada de lo que viviste en su día fue como tú creíste. Y el futuro no existe, es solo deseo e imaginación.

Al final, tu vida transcurre inmersa en un completo autoengaño.

En la mayoría de casos lo único que queda es el dolor. El dolor de la pérdida, el dolor del error, el dolor de saber que jamás volverán a repetirse esos momentos. Todo depende del prisma con el que se mire, pero si hay un denominador común en todo ser humano es el insaciable afán de querer volver atrás, de querer enmendar lo hecho, de querer tener una segunda oportunidad. Porque siempre aspiramos a más; porque nunca es suficiente; porque nunca quedamos satisfechos. Y así pasamos los días, aferrados a esa imposible utopía, reviviendo situaciones perdidas en el tiempo y en la memoria, olvidándonos por completo de disfrutar el hoy, olvidándonos por completo de exprimir esta cosa tan insignificante y miserable que llamamos vida.

El tenue *tic tac* del viejo reloj sacudía la estancia marcando pausadamente el devenir de las horas. Esa noche en concreto, nochevieja, Él se sentía especialmente triste. Encerrado en su habitación, leía una pésima novela sobre un asesino en serie que copiaba a Dante, mientras que los sonidos de una alegría ficticia e impostada le llegaban amortiguados desde el televisor del salón.

Un nuevo año llegaba, pero Él no tenía ilusiones, ni sueños, ni ganas de verle la cara. Un nuevo año llegaba, pero Él aún seguía viviendo en el recuerdo del año anterior, el recuerdo de todo lo que había sufrido, y su mente no era capaz de avanzar ni un solo segundo a partir del punto en el cual Él dejó de existir. Estaba desaparecido entre la niebla, solo que, en su caso, se trataba de una niebla que no pertenecía ni al presente, ni al pasado. Estaba ahí, probablemente para siempre, atemporal, uniforme, penetrante. Su luz se apagó, y todo parecía indicar que ya no podría volver a salir de entre las sombras.

Pensaba en el dolor. No en el dolor físico, el cual es fácil de sobrellevar. Pensaba en el dolor profundo y eterno que se genera cuando te hieren el alma, lo más hondo de tu ser, y eres perfectamente consciente de que esa herida no podrá cicatrizar. Todos hemos pasado por eso. Es un túnel sin fondo, sin una luz al final que nos invite a seguir huyendo hacia delante. Es una condena perpetua de la que jamás logramos escapar.

Ese tipo de dolor, que nos atora y nos hunde, que nos impide ver más allá, es también a veces el resorte que todos necesitamos para dar ese paso al frente que nos llevará directamente a la eternidad, o a la locura, o, en el peor de los casos, a ambas cosas a la vez. Porque ese dolor, en demasiadas ocasiones, solo conduce al odio, a la ira, a la venganza.

La medianoche se acercaba y el ruido que provenía del televisor se hizo un poco más estridente. La gente chillaba, y Él sólo pudo sentir aversión y desprecio por ellos, pues no había nada que celebrar. Las campanadas empezaron a sonar y el mismo ritual ridículo e inservible de cada treinta y uno de diciembre se repetía, llenando de falsa ilusión y de falsas esperanzas los corazones de un pueblo al que ya sólo le quedaba eso, pues todo lo demás le había sido arrebatado.

Por no quedarles, no les quedaba ni la dignidad.

—¡Feliz año dos mil...!

El estallido de un petardo lo despertó del estado de semihipnosis en el que se encontraba. Le hizo volver al mundo de los vivos y girar la cabeza hacia su escritorio. Dejó la horrible novela que estaba leyendo y se incorporó lentamente, la vista clavada en el objeto que yacía sobre la mesa.

“En esa mesa solía escribir”, pensó.

Se acercó a ella y alzó el trozo de tela con que cubría el objeto. La bomba apareció ante Él, brillante, desafiante, cautivadora. Era como un abrazo, cálido y amable, que lo reconfortaba, pues era la única vía que tenía para poder canalizar todo el odio y el rencor que lo consumían por dentro.

“Mi consuelo”, se dijo a sí mismo, embotado de tristeza.

Volvió a taparla y pensó que, muy pronto, podría acabar lo que dejaron pendiente. Poner punto y final a este tormento y, de una vez por todas, descansar. En algún lugar del camino su mente había dejado de calibrar la diferencia entre el bien y el mal, pues para Él ahora sólo existía lo segundo. Ya nada merecía la pena. Sólo lanzarse al vacío, saciar su sed de sangre y dejarse ahogar en su propio río de lágrimas.

“No era Su culpa”, pensó. “Esto no debería estar pasando”, pensó.

Pero ya era tarde, y Él lo sabía.

Ellos *tenían* que pagar.

La fiesta era un hecho consumado cuando volvió de entre sus pensamientos. En la calle la gente gritaba y se disponía a beber para olvidar. Él apagó la luz y se fue a dormir. El nuevo año acababa de empezar y Él estaba seguro de que sería uno que se recordaría para siempre, aunque no viviera lo suficiente para comprobarlo. Pero le daba igual, porque Él ya llevaba mucho tiempo muerto, con un corazón que latía por vicio y un alma hueca vacía a base de llanto.

PRIMERA PARTE

*“La lucha del hombre contra el poder es la lucha
de la memoria contra el olvido”*

Milan Kundera - El libro de la risa y el olvido

*I'll chain you to the truth for the truth shall set you free
I'll turn the screws of vengeance and bury you with honesty
I'll make all your dreams come to life, then slay them as quickly as they came
Smother another failure, lay this to rest
Console yourself, you're better alone
Destroy yourself, see who gives a fuck*

***Lamb Of God —Laid To Rest**
(Ashes Of The Wake, 2004)*

—Siguiente, por favor...

Él alzó la cabeza y vio la interminable cola que se formaba desde la caja registradora hasta la entrada del restaurante.

“Ojalá os murieseis todos”, pensó.

Masculló esas palabras con un desdén casi automático, como el que recita de memoria una tabla de multiplicar. Su odio hacia todo ser humano viviente se había convertido en eso, en un simple hábito más. Pura rutina.

—Siguiente, por favor...

Los observaba y solo podía sentir asco. Ganas de vomitar. Eran como hámsteres, mascotas sumisas corriendo dentro de la rueda capitalista, creyendo que avanzaban cuando en realidad permanecían inmóviles, atados por esa cuerda invisible que los reprimía, que los esclavizaba, sin que fueran conscientes.

—Siguiente, por favor...

Lo peor era saberse otra pieza más del puzzle; otro payaso más del circo. Pese a todo, Él había acabado convirtiéndose en un gul más, exactamente igual que aquellos a los que tenía que atender, con una estúpida sonrisa en la cara, tratando de ser amable.

“No tengo por qué ser amable”, pensó.

Pero ahí seguía, sonriendo como un idiota, procurando hacer las cosas bien.

—Siguiente, por favor...

Trabajar como dependiente en un restaurante de comida rápida no era ni mejor ni peor que cualquier otra clase de empleo, pero para Él se había convertido en una especie de gran metáfora de la realidad. El Gran Paradigma. Día tras día, se situaba detrás de la caja registradora y veía desfilar a las mismas caras ingenuas, a los mismos sueños robados, a las mismas personas con los brazos bajados pidiendo el nuevo menú de la pro-

moción de turno que acababan de estrenar. Y veía cómo, mientras lo hacían, saltaba esa chispa en sus ojos, esa ilusión por probar algo *fresco*, algo *diferente*, el éxtasis del *cambio*.

“Esto es, probablemente, lo más apasionante de su día”, pensó. “Su gran acontecimiento”.

Estaban tan bien amaestrados que daban ganas de aplaudir. Como los perros de Pavlov, el amo estiraba la mano y ellos hacían cuanto fuera necesario para lograr su recompensa.

—Siguiente, por favor...

No podía imaginar nada más frustrante, nada más denigrante. Boregos sin nada que decir ni nada a lo que aspirar, contentos con repartirse las migajas de la tarta. Comida basura para gente basura con trabajos basura y sueldos basura. Pobres diablos que vienen a dar lo poco que les queda a aquellos que se lo han arrebatado todo. El *ouroboros*; la desaparición de toda esperanza.

—Siguiente, por favor...

“¿Cómo habíamos llegado a esto? ¿Cómo habíamos consentido vivir en una sociedad formada a base de mentiras? ¿En qué momento nos habíamos dejamos llevar?”

Analizándolo con perspectiva, no era capaz de encontrar una respuesta. Él mismo había cruzado la línea, había dejado de luchar, se había dado por vencido. Hubo una época en la que quiso pelear, una época en la que pensaba que se podían cambiar las cosas. Hoy contemplaba con total claridad cuán equivocado estaba. Aquellos días quedaban ya muy lejanos, y habían demostrado ser completamente inútiles. La prueba más evidente era el enorme grupo de hijos de puta que tenía delante. El fracaso colectivo, su fracaso personal. La innegable verdad de que, ahora, lo que más le jodía de su situación, y de su trabajo, era el hecho de que lo obligaran a afeitarse.

“Cómo echo de menos mi barba...”, pensó.

O todos eran imbéciles, o el mundo entero estaba bajo el efecto de un brutal síndrome de Estocolmo.

—Siguiente, por favor...

Estos pensamientos y consideraciones se paseaban por su mente jornada tras jornada, atormentándolo mientras hacía un enorme esfuerzo por no ponerse a chillar allí mismo, en medio del restaurante. Había días en que podría haber arrancado a llorar; días en que no le hubiera importado echar a correr y a saltar por encima de las mesas, gritándole a la gente en sus caras que debían salir de ese estado de catalepsia que parecía haberlos invadido.

“Tomaros la puta pastilla roja, joder”.

Pero sólo conseguía cabrearse aún más, pues sabía que lo único que lograría es que lo miraran como a un loco, como a un *freak* digno de concurso televisivo en horario de máxima audiencia.

—Siguiente, por favor...

—Venga tú, vete a tomar tu descanso. Tienes treinta minutos.

La orden del mánager lo pilló por sorpresa. Al fin le tocaba su *break*.

—Sí, señor. Enseguida.

Su voz sonó neutra, sin translucir ninguna emoción. Como siempre.

Mientras cogía su pequeño almuerzo, algo saltó en su cerebro y le hizo recordar que se había convertido en un autómata, que su ansia de revolución era solo una pose, un vago reflejo del recuerdo de una vida anterior. Por un momento, surgió en Él la idea de rebelarse ante ese sentimiento, de enfrentarse a su dejadez y a su complacencia. La descartó inmediatamente, como quien olvida un sueño al despertar por la mañana. No podía permitirse ese lujo.

Volvió a mirar hacia las largas colas de la hora punta y sintió una punzada de angustia en su pecho. Tan solo duró un segundo. Un instante después estaba sentado a la mesa, disfrutando del maravilloso menú que su amable compañía le ofrecía a la mitad de su turno de once horas.

“Qué ganas tengo de llegar a casa”, pensó, antes de dar el primer mordisco a la hamburguesa.

Nunca había estado en el ejército pero Él, cada vez con mayor seguridad, pensaba que su trabajo (como cualquier otro trabajo relacionado con una multinacional) estaba organizado como si lo fuera.

En la base, los soldados rasos, la *última mierda*, los sacrificables. Nacidos para recibir y acatar órdenes y, por supuesto, no cuestionarlas jamás. Las condiciones son las que son y tú sólo puedes agachar la cabeza y cerrar la boca. ¿Que alguien discrepa? ¿Que alguien decide marcharse? No hay problema, en seguida aparecerá otro que ocupe su lugar. Como los soldados que son reemplazados periódicamente en los frentes de cualquier guerra. Las bajas son asumibles, nunca dolorosas.

En el segundo nivel, los sargentos, los suboficiales. Esos tipos que han asimilado tan bien el concepto y las formas del nuevo modelo laboral que no tienen ningún reparo en utilizar los mismos métodos que antes repudiaban, cuando estaban en la base, sobre sus ahora nuevos inferiores. Había que ser un poco hijo de puta para acceder a esta posición. Y carecer de escrúpulos. Lo exigía el cargo. Desde luego que no todos eran así, pero sí la mayoría. Él los conocía bien; había pasado demasiado tiempo con ellos. Gente borracha de poder, gente sometida que solo conoce las reglas del látigo y del más fuerte, gente cuyas ambiciones en la vida pasan por pisar a los demás, regodeándose en el proceso, dejando constancia de que ahora son ellos los que están por encima de ti. No les basta con serlo, *tienen* que demostrarlo. Eran así porque no conocían otra forma de trabajar. Tenían tan bien inculcado el mecanismo por el que se rigen estas empresas que para ellos era la única manera posible de que la cosa funcionara. Probablemente, no les faltaba razón. Pero no dejaban de ser otro diente más dentro del engranaje, mansos eslabones necesarios para el funcionamiento del sistema. Pero parecían haberlo olvidado. Parecía que nunca se hubieran dado cuenta. Qué fácil resulta a veces adormecer a las fieras, engañarlas con la ilusión de que controlan su destino.

En el tercer nivel, la élite, los grandes generales. Aquellos que se llevaban una buena tajada sólo por estar sentados en los sillones de sus despachos. Tiburones insaciables, depredadores de un mar convulso y agitado. Era difícil llegar hasta ahí empezando como soldado raso. Pero se podía, a veces. Si tragabas mucha mierda y sabías a quien lamerle el culo. Tan solo necesitabas demostrar que eras un cabrón callado y complaciente, alguien a quien no le molesta arrastrarse, despojarse de toda moral y ética. Había muchos a los que no les importaba hacerlo, muchos que encontraban cierto placer en la crueldad. No era su caso. Él prefería seguir

abajo, pero con la conciencia limpia. Nunca hubiera aceptado jugar a ese juego. Prefería lamerse las heridas y mantenerse al margen.

“Los he visto, sé como son. No puedo convertirme en uno de ellos”, pensaba. “No estoy dispuesto a joder a los demás por un poco de su sucio dinero”.

El dinero. Ya todo giraba a su alrededor, el centro de una galaxia de avaricia. Habíamos vendido nuestras almas. No éramos más que un número asignado a una cuenta corriente.

Pero no hay que engañarse, ellos tampoco son los que realmente mandan, los reyes del mambo. Por encima de todos, en el último nivel, se sitúan los invisibles, el Estado Mayor, el Gran Capital. Nunca tenían cara, ni voz, pero poseían el arma más importante de todas: la pasta. Desde sus lujosas oficinas, sus grandes mansiones, o sus yates deportivos, los que mueven las inversiones de todos estos grupos financieros son los verdaderos amos del cotarro, los que dictan las normas, los que se reparten los beneficios que los soldados rasos se esfuerzan por obtener mientras que los perritos falderos de la cadena de mando les ladran y humillan en un proceso aséptico y repetitivo. La gloria era suya, no de aquellos que día a día se dejaban su sudor y su sangre, sus vidas enteras, en pos de ese *ideal superior*, ese *objetivo* más grande que ellos mismos.

Las medallas rellenaban las chaquetas de sus uniformes; los presidentes los recibían con orgullo.

El famoso uno por ciento.

Los dueños del mundo.

Y como cualquier otro ejército, este también estaba en guerra. ¿Contra quién? ¿Quiénes eran el enemigo? Aparentemente, pensaba Él, basándose en el conocimiento que le otorgaba su experiencia, la libertad, el estado del bienestar, la misma democracia. Ya no había competencia entre las grandes empresas; hacía tiempo que las orondas multinacionales habían dejado de pelear entre sí para aliarse con los que permitieron el expolio, la conspiración global, la gran estafa. Todas formaban parte de un mismo equipo, todas tenían el mismo objetivo común. Ahora el frente era el de la dominación, el del oligopolio compartido. Robarlo todo y reparar el botín, como buenos hermanos. Y como en toda guerra, siempre absurdas y sin sentido, y aquí dan igual los motivos que las provocaran,

los ejércitos se nutrían de inocentes obligados a luchar por una tierra, unos ideales o unos intereses que, ni eran suyos, ni lo serían nunca. Una generación engañada por la publicidad y la propaganda. Goebbels hubiera estado orgulloso.

Pero, más allá de todo ese confuso barullo de rangos, cargos y escalones de poder, estaban los clientes. Los consumidores. De comida, de ropa, de cosméticos o de coches. De lo que fuera. Ellos son los verdaderos garantes del modelo; ellos son los que mantienen la estructura. Y lo son porque con su consumo desenfrenado, con su falta de compromiso y rebeldía, se convierten en los cómplices perfectos del engaño, en los que permiten que el bando malo gane la guerra.

“Ya no somos más que bestias enjauladas, esperando plácidamente en nuestros corrales a que nos lleven al matadero”, pensaba Él. “Pura carne de cañón, tanto trabajadores como clientes”.

Y cuanto más nos exprimían, cuánto más nos explotaban, más inconscientes parecíamos de nuestro poder, porque ningún ejército puede ganar una guerra combatiendo sólo con sus generales, del mismo modo que ningún empresario puede triunfar y enriquecerse operando él solo desde los despachos.

Dentro de su hábitat, el restaurante de comida rápida, el peor elemento que te podías encontrar no eran los mánager, como pudiera parecer. No, para Él existía otro tipo de sujeto que era mucho más mezquino y deleznable, un tipo de sujeto difícil de catalogar, y más difícil aún de no odiar.

Los aspirantes a sargento.

Los aspirantes a sargento son esa clase de personas que llevan demasiado tiempo trabajando como simples peones y que, por las razones que sean, aún no han podido ascender en el escalafón. Gente que se vanagloria de lo buena que es en su trabajo, que cree saberlo todo y que se dedica a hacer la pelota a sus jefes, mientras que mira por encima del hombro a los demás, a sus propios camaradas. La ambición mal entendida. Gente estancada tras años de vasallaje que cree que ser quien mejor conoce las reglas de una empresa de comida rápida, y seguirlas a rajatabla, es algo de lo que merece la pena estar orgulloso. Gente pagada de sí misma que no comprende que aquí, en el fango, todos somos iguales, y que nadie debería

intentar situarse por encima del resto. Gente sin carisma que no sirve para nada más. Para Él, lo único que conseguían era ponerse en evidencia, hacer el ridículo. Toparse con alguien así era un suplicio que le costaba mucho sobrellevar. Realmente, podían con sus nervios.

En su restaurante había uno de ellos.

Repugnante como pocos, de un altivo y una prepotencia difíciles de igualar, alto y gordo, con una cara redonda poblada de pequeños granitos, una nariz respingona y ancha, y unos ojos oscuros y apagados, remataba el conjunto con un bigote ridículo el cual, en combinación con la gorra que les obligaban a llevar cuando estaban trabajando, le otorgaba una aureola irrisoria y hortera, como si se tratara de un personaje marciano salido de una mala comedia de serie B. De entre veinticinco y treinta años, a Él le recordaba inevitablemente a Ignatius J. Reilly, con todas las repulsivas y asquerosas consecuencias que dicha comparación traía consigo.

Básicamente era, con una alta probabilidad, el mayor capullo que Él se había encontrado a lo largo de su vida.

Lo había conocido durante su primer día de trabajo en su nuevo restaurante. Acababa de ser trasladado por la compañía desde otro más pequeño, situado en un barrio de la periferia.

La diferencia era abismal.

El enorme ajetreo con el que estaba acostumbrado a lidiar no era nada en comparación a lo que debía enfrentarse aquí. Al cabo de un par de horas tenía la boca seca y pastosa, y le costaba hablar; había roto a sudar por el calor y se estaba mareando; cuatro filas de clientes se extendían por toda la zona del comedor, que estaba atestado...

Odiaba tener que trabajar en el centro.

Por si esto fuera poco, la chillona voz de Ignatius, aguda y desagradable, se arrimaba a Él de vez en cuando, para corregir alguna equivocación.

—¡No, no, no! —gritaba, los ojos saliéndosele de las órbitas—. Disculpe, a veces con la gente nueva hay que tener paciencia.

Ignatius lanzó una mirada cómplice, acompañada de una risita, al cliente que Él tenía delante en ese momento.

—Todo solucionado —añadió.

El sonido de su voz retumbaba en sus oídos como el ruido de un mosquito cuando revolotea cerca de tu oreja en mitad de la noche. El cliente asintió condescendiente y adoptó una expresión que dejaba entrever que no estaba satisfecho con el servicio. Él los miraba a ambos mientras se mordía la lengua, aunque si hubieran sido medianamente inteligentes podrían haber visto lo que pensaba a través de sus ojos, que hablaban por Él como un libro abierto.

—Luego te lo explico mejor, anda, que ahora no podemos relajarnos.

Él admitía sus errores, y no tenía inconveniente en asumirlos, ni en intentar no repetirlos, pero no soportaba que lo trataran así, con ese tono indulgente y perdonavidas, sobre todo si quien lo hacía era un tipo como Ignatius.

Su voz seguía penetrando por su oído derecho y a Él le costaba concentrarse en lo que estaba haciendo.

—Venga chavales, más alegría —oyó decir a un *mánager* por detrás.

“Menudo castigo”, pensó.

—El mes pasado obtuve el mejor ticket promedio de todo el restaurante.

Durante un breve período de menos ajeteo, Ignatius había decidido presentarse en sociedad ante Él, como un perro que mea un árbol para marcar su territorio.

—No es fácil alcanzar los niveles que yo alcanzo —se jactó —¿Me permites ver tu *average*?

Hizo un amago de abalanzarse sobre la caja registradora de Él, pero éste lo cortó con un rápido movimiento de su cuerpo.

—No.

—Oh...

El ‘Oh...’ dibujó un semicírculo en su boca, que hizo que su cara pareciera más redonda de lo que ya de por sí era.

—Me da la impresión que os obsesionáis demasiado con temas como el del *average* —dijo Él.

—No pienso quedarme atrás en la carrera por el *bonus*.

“¡Ja!”, pensó Él. “Otro tonto que se cree lo del *bonus*”.

La imagen de un galgo corriendo detrás de un conejo de plástico en un canódromo se cruzó por su mente, solo que en vez de un galgo veía a Ignatius, a cuatro patas, persiguiendo a una hamburguesa.

Tuvo la tentación de contestarle, de cantarle las cuarenta, pero una sensación de derrota se apoderó de su espíritu y notó cómo se le hundían los hombros, a consecuencia de ese sentimiento.

Prefirió callar ante la perspectiva de darse de cabezazos contra una pared.

Ignatius. Acababa de conocerlo y ya pesaba en el horizonte el martirio que iba a suponer tener que trabajar con él, y aguantar sus relamidas formas, entre treinta y cuarenta horas semanales. *Ignatius*. Deseó no coincidir con él, y se deprimió ante la certeza de que eso no iba a ser factible. *Ignatius*. Procuraba no juzgar ni etiquetar nunca a nadie a la ligera, pero en casos como este se permitía una excepción.

—Oye, estate atento luego cuando termines, que tengo que comentarte una cosa. Te espero hasta que acabes tu turno.

—¿No me lo puedes decir ahora? —preguntó Él.

—No, aquí no —contestó el chico—. Fuera, al acabar.

—Vale, vale...

Si pretendía intrigarle, lo había logrado. No es que le importara mucho lo que el chico tuviera que decirle, pero siempre había sido un hombre curioso, y no iba a ser menos en esta ocasión. Al menos ya tenía algo en lo que pensar, una expectativa. La regular monotonía de su trabajo no dejaba margen a la imaginación, así que no estaba de más que alguien pusiera un poco de misterio en el cóctel.

—Venga, a trabajar. Basta de cháchara —bramó uno de los *mánager*—. No os pago para que habléis.

“Hijo de puta”.

A Él siempre le irritaban ese tipo de comentarios. Primero de todo, pensaba, no era él quien le pagaba. El negocio no era suyo, ni de su superior, ni del superior de su superior, y aun así estas piltrafas se creían la reina

del baile. Segundo, para lo que pagaban, Él sabía perfectamente por dónde podían meterse el curro, su salario y sus normas. Y tercero, no podía entender por qué ese empeño enfermizo en joder al personal, no dejándoles respirar ni siquiera un segundo.

Uno no podía ni ir a mear tranquilo.

Productividad, decían.

Eficacia, clamaban.

“Bobadas”.

—Está esto muy muerto hoy, jefe. Tampoco hay que ponerse así —respondió Él.

—Si no tienes trabajo, no te preocupes que yo te encuentre rápidamente algo que hacer —una sonrisa maléfica, pérfida incluso, pareció formarse en su rostro—. Venga, vete a cambiar las bolsas de basura, te sacas fuera a los cubos las que estén llenas y después, si esto sigue *muerto*, te pasas por la sala de personal y te friegas los baños, que seguro que lo necesitan. Y rapidito.

Y con un chasquido de dedos, como los que se hacen a los animales para que te presten atención, se marchó. Él miró al chico, su compañero, que instintivamente había cogido un trapo y se dedicaba a limpiar todo lo que se le ponía por delante. Lanzó un profundo suspiro y se dispuso a hacer lo que le mandaban.

Cuando volvió de tirar la basura y fregar los cuartos de baño, el chico había sido trasladado a cocina, y su lugar en las cajas registradoras había sido cubierto por Ignatius.

Ignatius.

Llevaba ya seis meses trabajando con él, pero aun así cada vez que lo veía notaba como se le revolvía el estómago.

Un rato después, ya cerca de que acabara su turno, una pareja de vagabundos entró en el restaurante. Venían en busca de cambio.

—¡Oh, por favor! —gimió Ignatius —Ya están aquí otra vez...

Compuso una mueca de asco y empezó a moverse nervioso, cada gramo de grasa de su cuerpo balanceándose en un baile grotesco y repelente.

—Os lo tengo dicho, que no puedo daros cambio... —dijo a la pareja de vagabundos—. A ver si mi compañero puede ayudaros...

Ignatius lo miró y Él se dio cuenta de que estaba sufriendo. La pareja de vagabundos se acercó y soltó un enorme montón de monedas sobre el mostrador. En ese preciso momento, uno de los *mánager* apareció, como surgido de la nada, raudo en sus movimientos.

—Vamos a ver —dijo el *mánager*—, pónganse por allí y no molesten mientras contamos las monedas.

Se giró y se dirigió a Él.

—Cuenta bien, ¿eh? No quiero que falte ni un céntimo luego.

Él se encogió de hombros y empezó a separar las monedas en grupos de veinte *dóluos*. Cuando hubo terminado, el *mánager* supervisó que daba los billetes correctos a los vagabundos y todo volvió a la aburrida repetición de siempre.

Ignatius los observó irse con una cara mezcla de satisfacción y desprecio.

—Siempre igual —bufó—. De verdad que no puedo con esta gente.

—¿Por qué? ¿Qué te han hecho?

—No puedo con esta gente —repitió—. Míralos. Vienen aquí después de estar todo el día pidiendo y siempre cambian por lo menos doscientos *dóluos*. ¡Eso es más del doble de lo que gano yo en un día!

Su voz sonaba acibarada, como si alguien le estuviera clavando un puñal en las costillas.

—¿Y?

—Pues que no es justo.

—¿Qué no es justo?

—Que gente que no hace nada gane esas cantidades de dinero.

—Esa gente vive en la puta calle.

—Si yo sacara doscientos *dóluos* pidiendo, no viviría en la calle. Es muy desagradable.

—¿Acaso vienen todos los días? ¿Siempre cambian lo mismo? Porque yo no veo que entren muchos como ellos, y hoy es sábado, el centro está lleno de gente.

—Esa gente son parásitos —concluyó Ignatius, y como para reafirmarse en lo que decía expulsó con fuerza aire por la nariz, emitiendo un sonido hosco y cómico.

Él miró el reloj que había colgado en una de las paredes.

“Tan solo una hora y media más”, pensó, resignado.

Intentó olvidar la conversación que acababa de mantener.

O lo hacía o no tendría más remedio que pegarle un guantazo al gordo.

Al finalizar su turno, Él fue en busca del enigma.

El chico lo esperaba fumando un cigarrillo, echado sobre la pared de un edificio de la acera de enfrente del restaurante. Cuando lo vio, tiró el cigarro al suelo con desgana y se irguió para salir a su paso. Empezaba a chispear y Él pensó que más valía que fuera importante, porque lo único que le apetecía en ese momento era irse a casa y descansar.

—Hace un frío de cojones —comentó el chico.

Se encaminaron hacia un pub cercano. A veces iban ahí juntos; era un sitio tan bueno como cualquier otro para sentarse y olvidar. El chico era uno de los pocos amigos que había hecho en el restaurante, uno de los pocos en los que creía que podía confiar. Entraron y pidieron dos cervezas, las más baratas. Encontraron una mesa vacía cerca de un rincón y se acomodaron en las duras sillas de madera. A Él le dolían los riñones. Bebieron durante unos minutos en silencio. Entonces el chico rebuscó entre unos papeles que llevaba guardados en su mochila, sacó uno de ellos y se lo entregó.

—Échale un vistazo.

La curiosidad pudo a la desgana y Él cogió el folio y lo leyó distraídamente. Tras acabar de leerlo por primera vez, volvió a leerlo una segunda, y una tercera, el corazón cada vez más palpitante, más excitado.

—¿Esto es real? ¿Va en serio? —preguntó, con voz temblorosa.

—Sí —dijo el chico—. Parece que por una vez no se trata de una broma, ni de un amago, ni de ningún chanchullo raro para purgar gente de la empresa. Algo se está moviendo, y no es palabrería hueca.

El chico bebió un sorbo de cerveza y, en un gesto instintivo, miró a su alrededor. Nadie les prestaba atención.

—¿Tú sabes lo que esto implica? ¿Tú sabes lo que te puede ocurrir si te cogen con este panfleto?

—Me hago cargo —afirmó—. Por eso quería hablar contigo. Me gustaría saber qué opinas al respecto.

Él se recostó en la silla, que chirrió al mismo tiempo que sus huesos.

—Para empezar, esto es ilegal. Te pueden mandar a la cárcel.

—Hombre, eso no hace falta que me lo digas. Lo sé perfectamente.

—¿Quién te lo ha pasado? ¿Es una fuente en la que puedas confiar?

—Sí —respondió el chico. No se atisbaba duda ni temor en su voz. Lo que decía sonaba a verdad, lo cual hizo que Él se sintiera aún más inquieto—. Me llegó hace un par de días a través de un amigo que tengo en otro de los restaurantes. Es de fiar. El tema está muy caliente, pero según me han dicho no se quieren tirar a la piscina hasta saber hasta qué punto podrían obtener un respaldo mayoritario de los trabajadores. Al menos aquí en la capital. Quieren que la mierda salpique a todo el mundo, que se vea como un acto poderoso, no como una acción aislada organizada por cuatro anarquistas —el chico bebió otro sorbo de cerveza y suspiró—. Ya sabes cómo va esto.

Si, Él ya sabía cómo iba esto. Y precisamente por ello, el recelo que le suscitaba la idea vencía con diferencia a las viejas ilusiones y a las viejas luchas que durante tanto tiempo ardieron en su interior, y que lo llevaron a hacer algunas cosas de las que se arrepentía profundamente. Ciertas decisiones que acabaron por arrastrarle a la posición en la que se encontraba hoy.

El recuerdo ya distante de otra vida ascendió por su garganta y le dejó un regusto asqueroso en la boca. Era el sabor de la nostalgia, de la melancolía, de la rabia. Bebió un poco de su cerveza, pero le costó tragar, y le supo excesivamente amarga, como si la probara por primera vez.

—Abuelo —dijo el chico, como si leyera sus pensamientos—, prepárate para recordar viejas batallas, porque se está gestando algo gordo. Si todo sale bien, pronto tendremos una huelga.

Huelga. La palabra resonó en su cerebro y por un momento bailó dentro de él como la bola de un salvapantallas. Intentó poner en orden sus ideas, asimilar la información que acababa de recibir, porque si esto iba en serio de verdad, y así lo parecía, iba a haber problemas. Muchos problemas.

—Mira muchacho, yo ya tengo casi cuarenta años. He vivido mucho y lo único que he logrado con estos temas ha sido padecer —intentó que su voz sonara solemne, un tono que sólo podía otorgar la experiencia. De repente se sentía anciano, muy anciano, y notaba como el peso de todos estos años, escondido en algún lugar recóndito de su ser, salía de entre la oscuridad para depositarse sobre sus hombros y hundirlo en un océano de tristeza y resignación. Esta ya no era su guerra; no se veía con fuerzas para empezar de nuevo. Sin embargo, una antigua voz surgió de su memoria, diciéndole que no se quedara quieto, que no renunciara a sus ideales, que aún estaba a tiempo de enmendar los errores que una vez cometió, que aún estaba a tiempo de rescatarse a sí mismo. Esa voz, lejana pero familiar, fue la que le hizo dar el salto, antes y ahora, y, por mucho que se esforzara, ante ella no podía resistirse—. Vamos a ver, no sé quien estará detrás de todo esto, ni si tiene capacidad de movilización, pero tanto si quiere organizar algo a nivel estatal como a nivel local, la cosa va a estar jodida. Esto no es como pedir un extra de patatas con el menú. Os van a pillar. Y si os pillan antes de hora, ya sabes lo que supone. Además, aunque se lograra hacerla y tuviera un buen seguimiento, eso tampoco garantiza nada. Lo normal sería que todo acabara como empezó. La única diferencia es que los que la secunden van a quedar señalados para siempre. Yo soy el primero que irá a la huelga, tú lo sabes bien. Estoy hasta los mismos cojones de seguir tragando toda esta mierda, pero quiero que reflexiones sobre las consecuencias que puede traer consigo. Esto ya no es como antes, en mis tiempos aún había cierta libertad. Eso se acabó. Ya no perdonan nada.

—Lo sé, lo sé... ¿Qué te crees, que no he pensado en todo eso? —respondió el chico, con cierta amargura—. Pero esto es algo que, tarde o temprano, tiene que pasar, lo hagamos nosotros o lo hagan otros. No sé de donde viene la idea exactamente, ni por qué ahora, pero esas son respuestas que no me interesa contestar. Aquí lo único que importa es que por fin la gente empieza a espabilar, a quejarse, a moverse. Son muchos

años ya aceptando lo que hay y, aunque salga mal, quiero ser partícipe, quiero gritar mi descontento. Vivimos en una continua injusticia, no tenemos libertad ni capacidad de disertación. Tal y como yo lo veo, es como si estuviéramos muertos. No quiero seguir siendo un muerto, ni un solo segundo más.

Se hizo el silencio y Él volvió a mirar el papel que el chico le había dado, la palabra HUELGA en letras mayúsculas destacando sobre el resto del texto.

—Me recuerdas a mí cuando tenía veinte años —acertó a decir Él, y le dedicó una sonrisa sarcástica, consecuencia de los diferentes estados de ánimo que se cruzaban a toda velocidad por su cabeza—. Está bien. Cuenta conmigo para lo que necesites —concluyó.

—¡Jajajaja! —rió el chico —¡Sabía que no me ibas a fallar, abuelo!

Él lo miró a través de sus cansados ojos y recordó lo que era ver a una persona feliz, feliz de verdad. Hacía mucho que no le pasaba. Su vida llevaba demasiado tiempo convertida en un teatro de sombras chinas, donde las emociones, las sensaciones y los personajes se veían proyectados de forma aislada, amorfa, filtrados a través de un foco de luz que hacía muchos años que dejó de funcionar correctamente.

—Sí, sí, desde luego —respondió Él, que empezaba a contagiarse del espíritu del chico—. Pero esto no va a ser nada fácil, tenemos que plantear el asunto a través del restaurante con muchísima discreción. Hay que andarse con pies del plomo. Un mínimo descuido y estamos fuera.

—Tranquilo, joder. Ya nos vendrá alguna idea a la mente. ¡Por tus cojones, abuelo!

El chico alzó su cerveza y propuso un brindis.

—Porque no estamos muertos —dijo.

—Porque no estamos muertos —repitió Él.

Apuraron sus cervezas y pidieron dos más. Por fin había algo que celebrar, y también mucho que planificar. Esa noche ya no se sentía un anciano inútil y derrotado. Ya no tenía ganas irse de casa.

Durante un par de horas estuvieron debatiendo y pensando, estableciendo los pasos a seguir. A cada rato, de manera natural, a Él volvían a asaltarle las dudas.

—¿Tú estás realmente seguro de que esto no es ninguna artimaña de la propia compañía? Recuerda que ha habido casos antes, ya se cargaron a mucha gente hace cinco o seis años, cuando hicieron la purga esa de subversivos.

—Aquello fue un ultraje, una puta vergüenza —dijo el chico.

—Sí que lo fue. Yo por aquel entonces aún no trabajaba para ellos, estaba limpiando platos en un restaurante, pero aunque intentaron acallarlos la gente se enteró.

—Tranquilo abuelo, esto me llega de buena fuente, ya te lo he dicho. Se va a armar. Lo único que tenemos que procurar es que se arme de la forma más gorda posible. A ver si pensamos algo para que las cucarachas con las que trabajamos se movilicen, joder. Motivos no nos faltan, pero a todos nos pesa el culo.

—Hay buen caldo de cultivo. Me sé de más de uno, y de más de una, que estarían dispuestos a unirse. La clave va a ser convencerles de que tienen más que ganar a que perder, y eso ya no lo veo tan claro.

—Bah, algo se nos ocurrirá. Estoy seguro.

La confianza del chico, tan propia de la juventud, era buena y mala al mismo tiempo. Era buena porque tenía fuerza e ingenuidad, y mala porque creaba demasiadas falsas expectativas.

—Déjame unos días para que piense. Tú por el momento mantén la boca cerrada. Ya veremos cómo hacemos correr la liebre —se calló y recapacitó—. Joder, ¡creo que me estoy mareando!

Una sonrisa deslumbrante y auténtica, la primera real que esbozaba en mucho tiempo, se iluminó en su cara, y el chico lo acompañó con una estruendosa carcajada.

—¡Abuelo, esto marcha!

Y por un momento se dejaron llevar, y hablaron de cualquier cosa, y criticaron a sus jefes, y despotricaron sobre la comida que servían, y se quejaron de sus vidas, y brindaron por un futuro mejor.

—La madre que me parió —dijo Él, al cabo de un rato—, estamos organizando una puta huelga.

Finiquitaron sus dos últimas jarras de cerveza y salieron a la calle. La lluvia arreciaba y los colores de la ciudad se reflejaban en el asfalto mojado,

formando un mosaico de luz que se alargaba hasta donde alcanzaba la vista. Se despidieron ebrios de alcohol y de júbilo y, ya en soledad, mientras esperaba al autobús, Él empezó a rememorar todo lo que habían hablado esa noche.

“Quieren hacer una huelga”.

Ahora le volvía a parecer algo irreal, como si estuviera dentro de un sueño. Una ráfaga de electricidad le sacudió la columna vertebral y, durante un segundo, volvió a sentirse joven, rebelde, con un motivo por el que luchar, por el que vivir, por el que verse a sí mismo como un ser humano y no como una máquina. Sin embargo, y pese a que un estímulo de esta clase era lo que llevaba tiempo esperando y reclamando, se sintió contrariado. Había algo que olía mal, aunque se veía incapaz de precisar el qué, o el por qué, de ese presentimiento.

Las dudas volvieron a asaltarle, insidiosas, malintencionadas. Aunque lograran convocar una huelga, con todo el perjuicio que podía ocasionar para la compañía si conseguían que fuera seguida en gran número, lo más probable era que acabaran apaleados, en el calabozo, y que, al día siguiente, tuvieran una plantilla renovada y preparada para empezar a trabajar de inmediato en cada jodido restaurante. Pero también suponía unas pérdidas terribles, magníficas desde su punto de vista, para la multinacional. Aunque sólo fuera por la cantidad de dinero que podían hacerles perder durante uno o dos días, y por el daño a la imagen corporativa que iban a provocar, el esfuerzo merecería la pena. Y a partir de ahí... Bueno, a partir de ahí era un punto muy remoto en el horizonte, demasiado como para ponerse a reflexionar sobre ello ahora mismo. Decidió aparcar sus dudas hasta que estuviera sobrio de nuevo y pudiera pensar con claridad. Necesitaba con urgencia dormir.

“Una puta huelga”.

Sentado en el autobús, camino de casa, una poderosa sensación de abatimiento se posó sobre Él. Por su cerebro desfilaron imágenes de muchos años atrás, cuando las calles se llenaban y la ilusión aún prendía en los corazones de los jóvenes, como el chico con el que se acababa de tomar esas cervezas. Le parecieron imágenes extremadamente lejanas, casi primordiales, como robadas de otro mundo. Recordó las asambleas, los de-

bates, las cargas, los mítines, las conversaciones sobre cómo arreglar la sociedad cuando no era capaz ni de arreglarse a sí mismo. Se vio con veinte años, recorriendo la ciudad, gritando vítores y consignas que parecían arcaicas y olvidadas. Visualizó el recuerdo de esa habitación de cortinas echadas y persianas rotas, que tanto tiempo atrás lo destruyó, y su corazón se encogió, minúsculo, débil, expuesto. Había logrado mantener a raya su memoria, pero la estampa de esa habitación le golpeó el pecho de nuevo, como si fuera una maza.

Estuvo a punto de echarse a llorar.

Pero contuvo las lágrimas, en un esfuerzo titánico, y consiguió redirigir el curso de sus pensamientos otra vez hasta el presente. El resto del trayecto lo completó agotado, sin pensar, con la mirada puesta en las calles que se sucedían borrosas a través del cristal mojado.

Cuando llegó a casa buscó la cama y se tumbó sin quitarse siquiera la ropa o los zapatos. Cerró los ojos y dejó que el cansancio y el sueño lo dominaran.

Por hoy ya había sido suficiente.

“Huelga”, pensó, un instante antes de dejarse llevar a los reinos de Hipnos.

“Como esto salga adelante, nos vamos a reír”.

*None of this matters, none of these words
Common and silent we will die in this world
We've only spoken to those who agree
And without them we've fallen on deaf ears
Stand on conviction and you will walk alone
For once I have stood, no one will know
But alone I was born and alone we must go
In my convictions I've found my own grave
But amongst the dead we all fade away*

*As I Lay Dying —Anodyne Sea
(The Powerless Rise, 2010)*

La luz del alba penetró por los diminutos agujeros de la persiana y abrí los ojos. Como casi todos los días, desperté un poco antes de que sonara el despertador. Pese a esta habilidad biológica que había adquirido de manera inconsciente a lo largo de los últimos meses, cada vez me resultaba más difícil levantarme por la mañana. Cada amanecer retumbaba en el interior de mi cabeza como el ruido de un taladro. No tenía fuerzas ni ganas de enfrentarme al mundo.

Me consideraba un personaje grotesco, similar a un Robert Hearn, acosado por el odio y el orgullo, y al mismo tiempo ahogado por un futuro trágico que no lograba descifrar pero sí intuir en el horizonte. Como si el destino me hubiera mostrado ya sus cartas, y supiera de antemano que mi jugada final iba a ser absurda e inútil.

Creo que lo que más pesaba sobre mí era la sensación de impotencia. Impotencia ante lo que veía, ante lo que escuchaba, ante las conductas tiránicas que nos gobernaban, ante el abismo al cual se estaban precipitando mi vida, mi familia, mi propio país. Pero sobre todo impotencia ante mí mismo, ante mis limitaciones, ante mis miedos, ante mis traumas. Un malévolo e incesante complejo de inferioridad me apretaba la garganta, me impedía respirar, me recordaba a cada instante lo prescindible que era, lo vulgar que era, la magnitud de mi mediocridad.

En resumen, me sentía como una puta mierda.

Yo nunca he sido un optimista. Pero siempre había procurado sacar una sonrisa y guardarme las penas para mí. Cada vez me costaba más hacerlo. Y mi versión más nihilista, más oscura y depresiva, empezaba a dominarme, a ser una constante primaria más que un complemento llamativo.

Tenía veinte años, pero me sentía como si tuviera noventa.

Oteaba mi alrededor y ese insondable sentimiento de desolación que inunda las almas de los elegidos para el sufrimiento se abría paso por mis venas, sin que nada pudiera detenerlo. Estaba solo, pero parecía moverme cómodo dentro de mi soledad. Ese era el problema, que esa sensación de